

Pablo Guíñez: Fundación De las Aguas

Por HERNÁN DEL SOLAR

Cuando abrimos un libro de poemas, lo primero que asoma — precipitadamente — es el "yo" del poeta. Primera persona del singular que recibe como dueño de casa. Es cordial con sus visitantes. Apenas entran empieza a contarles, sin preámbulo alguno, cuanto le ha sucedido en su vida, y lo que está sucediéndole, sin que deje de anticiparles, muy a menudo, mucho de lo que posiblemente le sucederá. A veces está triste y espera que con él, todos entristezcan; a ratos se pone desdenoso y da a entender que poco le importa que lo escuches; y de vez en cuando se hulla contento, habla bien de la vida, y desea que los demás compartan sus exaltaciones.

Los lectores estamos acostumbrados a su presencia, nos agrada o nos disgusta. Es una persona ineludible. Sin ella, ¿cómo está la poesía? No nos habla. Es un mundo en blanco. Negrísimo suceso, realmente. Pero, no temamos: esto no sucede nunca.

Todos sabemos que los novelistas, en la actualidad, procuran que no se les vea en sus novelas. Se esconden entre las palabras, defienden su invisibilidad con un afán que desorienta a los lectores y desquanta a los críticos, y suelen ser traicionados por personajes que viven secretos íntimos que — en las circunstancias dadas — sólo pueden vivir los novelistas. Se acabo, así, la invisibilidad. Permítter que se les divirta la nariz o la cola.

Entre los poetas, los únicos que esquivan su presencia son los épicos. La epopeya es la casa de los héroes. A los poetas se les recibe, a lo sumo, detrás de la puerta. Que los poetas se venguen haciendo que, poco después, sólo se hable de ellos, es cuento aparte.

Pero aquí, entre los chilenos, tenemos — frente a frente — a un poeta que sale de sus poemas sin dejarlos huérfanos. Es el padre. Los quiere. Pero los deja jugar sin imponerles su presencia. Quiere que se valgan por sí mismos. Y todo va bien, muy bien, a las mil maravillas; pero los poemas — agradecidos de su libertad — señalan hacia Pablo Guíñez y nos dicen:

— Ahí está. Es él. Buen poeta, ¿no es cierto?

Aentimos. Buen poeta, como lo indica firmemente "Fundación de las

Aguas", que aparece en Ediciones del Grupo Fuego de la Poesía. Y poeta original, que no se parece a otros, que es él mismo de principio a fin, sin rebuscamiento, sin estufo, tan naturalmente que diríamos: como por casualidad. Es decir, porque una fuerza poética providencial le ha echado al mundo, a ese mundo de la poesía tan amplio, tan rico al que se cuecen tantos enmascarados. Pero éstos, sin fortuna. Siempre se sabe quiénes son los auténticos.

Pablo Guíñez dedica su obra a diversa gente; pero nos interesan, en especial, los más íntegramente suyos. "Quiénes me enseñaron el habla de mi tierra" — los llama con vaguedad que no admite, sin embargo, sino una interpretación: los que viven en su sangre, los chilenos humildes, la gente de nuestros campos.

Con esta gente silenciosa, sufrida, pura y noble se identifica el poeta de tal modo que la voz de ella es su propia voz. Pablo Guíñez le da calidad poética al "habla de mi tierra". Los campesinos viven los versos que aquí, en "Fundación de las Aguas", se escriben. La primera persona del singular — Pablo Guíñez — no aparece (o rarísima vez), y la que asume su vital representación es el hombre anónimo que vive con nosotros, que es de la tierra, y casi nunca ha tenido voz natural en la poesía.

Este chileno anónimo se halla plenamente en el primer poema: "Preparación y Crecimiento". Es, a nuestro juicio, uno de los mejores de la obra. En él está ella. Su aire, su tono, su sentimiento, sus emociones, su sentido de la vida, todo lo que compone el fluir de sus versos está diversamente presente en el resto del libro. Aquí advertimos, casi invariable, la actitud de ese anónimo ser que es el poeta que entrega su espíritu a Pablo Guíñez, que lo recibe, lo vuelve poesía, y lo hace tan suyo. Pueblo anónimo, poeta que escribe. Un solo ser. Voz única.

A medida que vamos leyendo tenemos la impresión de recibir las impresiones, las confidencias, las dudas, las esperanzas, las vivencias de diverso tiempo de quien hemos conocido alguna vez. Tal vez le vímos al pasar y se nos grabó su imagen.

Es ese hombre que hallamos sentado en

una piedra del camino, o delante del mar, mirando fijamente hacia la lejanta, inmóvil, serio, a solas con su vida. Ahora viene del fondo de su soledad una multiplicada sucesión de imágenes, recuerdos, diálogos sostenidos entre silencios, a través de los días, monólogos que han levantado sus voces muy leves en la intimidad, sabiduría acumulada entre los años, dudas, supersticiones, todas esas menudas cosas que van formando una existencia. Acercámonos al silencio que se nos revela. "Largos periodos de preparación requieren las flores." Largos periodos, como el amor. Largos periodos de preparación y crecimiento. / Lo que no se hace ahora estará mañana por hacer. / Y así toda semilla es buena cuando de ella esperamos algo. / Mas no se crea que todo ha de ser logrado dadivosamente. / Nada, pues, es gratuito. Menos el amor. / A quien faltará tiempo también voluntad ha de fallarle. / No se necesita ser muy sabio para tal comprender. / Pues lo uno se desprende de lo otro. / Y quien así pensare resolverá su enigma".

Está a solas pensando y sopesando pequeñas verdades. Luego mira en torno. Y ve el curso de un río, los bosques, las tierras sinuosas, el sucederse de las estaciones, y el diario acontecer del campesino. Todo esto, en lenguaje íntimo, des-parramado, saltarín, que va de una cosa a otra, de un recuerdo personal a las cotidianas necesidades campesinas. "Con el favor de Dios nada ha faltado. Pero no vaya a ser cosa que se termine la sal. Hace tanta falta. Pero no la derramemos sobre la mesa. / Si can, hay que tirar tres puñados para atrás. / Así no habrá peleas ni discusiones. Y buena es para remedio".

Empiezan las asociaciones: todas las medicinas populares: salmuera para curar heridas, espantar los brujos y al chuncho, y también es buena para lavarse los dientes: "hace tanta falta". Continúa el monólogo, o el diálogo de las cosas, y hay otras medicinas, otras ingenosas sabidurías, una larga vida campesina que va entre árboles, guitarras, terneros, muertes, comidas, cosechas, violencias, ternuras. Se está en el pueblo, con el pueblo, y el "habla" es popular. Un poeta hace el milagro de "no estar" y ser, con toda, vida de cada palabra, de cada ritmo viejo o nuevo, de una poesía muy nuestra.

EL MERCURIO . SANTIAGO 16 . XII . 1973 P. 5 .

Pablo Guíñez: fundación de las aguas [artículo] Hernán del Solar.

Libros y documentos

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Pablo Guíñez: fundación de las aguas [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile